

#### IV

Aquel sueño bañado de Champagne y de Chartreuse le tranquilizó sin duda, porque despertó en disposiciones de ánimo mucho más benévolas. Mientras se vestía, apreciaba, pensaba y resumía sus emociones de la víspera, tratando de precisar con claridad las causas reales, secretas, las causas personales y las exteriores.

Podía suceder, en efecto, que la criada de la cervecería, al saber que uno solo de los hijos de Roland heredaba de un extraño, hubiese tenido un mal pensamiento, un verdadero pensamiento de prostituta; pero esas criaturas siempre sospechan lo mismo de

las mujeres honradas, sin el menor motivo. ¿No se les oye siempre que hablan injuriar, calumniar, difamar á todas las que creen irreprochables? Siempre que se nombra delante de ellas una persona impecable se irritan como si se las ultrajase, y exclaman: "Si ya se yo lo que son las mujeres casadas. Tienen más amantes que nosotras, pero lo ocultan porque son más hipócritas,,.

En cualquiera otra ocasión no hubiera él comprendido, ni siquiera creído posibles insinuaciones de esa naturaleza aplicables á su pobre madre, tan buena, tan sencilla, tan digna. Pero tenía el alma perturbada por la envidia que fermentaba en él. Su espíritu sobreexcitado, en acecho por decirlo así, y á pesar suyo, de todo lo que podía perjudicar á su hermano, había quizás atribuido á la muchacha intenciones odiosas que no tenía. Podía suceder que sólo su imaginación, aque-

lla imaginación que no dominaba, que escapaba sin cesar á su voluntad, vagaba libre, aventurera y suspicaz por el universo infinito de las ideas, concibiendo algunas verdaderamente vergonzosas que se escondían en los pliegues insondables de su alma. Su corazón tenía indudablemente secretos para él, y sintiéndose herido había encontrado en aquella duda abominable un medio de privar á su hermano de la herencia que envidiaba. En aquel momento investigaba todos los misterios de su pensamiento, como hacen los devotos examen de conciencia.

Seguramente la señora de Rosemilly, aunque su inteligencia fuese limitada, tenía el tacto, el instinto y la perspicacia sutil de las mujeres, y sin embargo no se le había ocurrido esta idea, toda vez que brindó á la memoria bendita del difunto Marechal, cosa que no hubiera hecho si hubiese tenido la menor sospecha. Así, pues, ya

no dudaba de que, por un lado el disgusto involuntario que le había producido la herencia de su hermano, y por otro el amor religioso que profesaba á su madre, habían exaltado sus escrúpulos exagerados, por más que fuesen piadosos y respetables.

Al formular esta conclusión quedó satisfecho como de una buena acción, y resolvió mostrarse agradable con todos, empezando por su padre, que le irritaba sin cesar con sus manías, sus necias afirmaciones, sus opiniones vulgares y su mediocridad harto visible.

No se retrasó á la hora de almorzar, y entretuvo á toda la familia con su ingenio y su buen humor.

Su madre le decía encantada:

—Tú no sabes, Perico, qué gracioso y qué simpático eres cuando te acomodas.

Y él seguía hablando y haciendo retratos ingeniosos de sus amigos. Beausire le servía de blanco para sus

tiros, que también alcanzaban, aunque discretamente, á la señora de Rosemilly. Al referirse á ella pensaba, mirando á su hermano: “Defiéndela, cobarde; por más que seas rico, yo te eclipsaré siempre que quiera.”

Cuando tomaron el café, dijo á su padre:

—¿Necesitas hoy la *Perla*?

—No.

—¿Puedo llevármela con Juan Bart?

—Sí, por cierto.

Compró un buen cigarro en el primer estanco que encontró, y se dirigió alegremente hacia el puerto mirando el cielo claro y despejado y aspirando con delicia la fresca brisa del mar.

El marinero Papagrís, llamado Juan Bart, dormitaba en el fondo de la barca que debía tener lista todos los días á las doce cuando no iban por la mañana á pescar.

—Hola, patrón—gritó Pedro, bajando por la escala de hierro del mue-

lle y saltando á la embarcación.—  
¿Qué viento tenemos?

—Sigue la brisa larga.

—Pues vamos.

Izaron la mesana, levaron ancla y la barca, una vez libre, bogó tranquilamente por el agua inalterable del puerto. El débil soplo de viento que salía de las calles daba en lo alto de la vela tan suavemente que apenas se percibía, y la *Perla* parecía animada de una vida propia, la vida de los barcos, empujada por una fuerza misteriosa oculta en sí misma. Pedro había cogido la barra, y con el cigarro en la boca, las piernas extendidas sobre el banco, los ojos medio cerrados bajo los rayos deslumbradores del sol, miraba pasar en dirección opuesta las enormes piezas de madera embreada del rompeolas.

Cuando salieron al mar doblando la punta del muelle del Norte que les abrigaba, la brisa, más fresca, lamíó

el rostro y las manos del doctor como una caricia un poco fría, entró en su pecho, que se abrió para aspirarla en un largo suspiro, y llenando la vela que se hinchó hizo inclinar la *Perla* y aligeró su marcha.

Juan Bart izó el foque, cuyo triángulo, lleno de viento, parecía un ala, y ganando la popa de dos zancadas desamarró la caña del timón que había amarrado al mástil.

Entonces la barca, corriendo de bolina con gran velocidad, produjo un sonido dulce y vivo de agua fugitiva.

El tajamar abría el agua como la reja de un arado abre la tierra, y la onda, que levantaba flexible y llena de espuma, se redondeaba y caía como cae, negra y pesada, la tierra labrada de los campos.

A cada ola que encontraban—y eran cortas y frecuentes—la *Perla* experimentaba una sacudida que la hacía temblar desde la punta del foque

hasta el timón, que se estremecía en la mano de Pedro; y cuando el viento soplabá más fuerte durante algunos momentos, el agua lamía las bordas, como si quisiera invadir la barca. Un vapor carbonero de Liverpool estaba al ancla esperando la marea; dieron la vuelta en derredor de la gran nave luego visitaron una después de otra todas las embarcaciones que había en la rada, y por fin se alejaron un poco para ver la extensión de la costa.

Durante tres horas Pedro, tranquilo, satisfecho y contento, vagamundó por el agua, gobernando como á un animal alado aquella cosa de madera y lona, que iba y venía á su capricho, obedeciendo á una presión de sus dedos.

Soñaba como se sueña sobre el lomo de un caballo ó en el puente de un buque, pensando en un porvenir lisonjero y en lo grato de vivir con inteligencia. Al día siguiente pediría á

su hermano que le prestase, por tres meses, mil quinientos francos, con objeto de instalarse inmediatamente en la bonita habitación del boulevard de Francisco I.

De repente dijo el marinero:

—Señor Pedro, hay que volver: viene la bruma.

Levantó los ojos y vió hacia el Norte una sombra gris, profunda y ligera que llenaba el cielo y cubría la mar, corriendo hacia ellos, como una nube caída de lo alto.

Viró en redondo, y viento en popa hizo rumbo hacia el muelle, seguido por la bruma rápida que le alcanzaba. Cuando llegó á la *Perla*, envolviéndola en su imperceptible espesor, un estremecimiento de frío recorrió los miembros de Pedro, y un olor de humo y de humedad, el olor extraño de las nieblas marinas, le hizo cerrar la boca para no paladear aquella nube húmeda y helada. Cuando la bar-

ca recobró en el puerto su puesto de costumbre, la ciudad entera estaba ya envuelta en aquel vapor tenue que mojaba como una lluvia menuda y resbalaba sobre las casas y las calles como un río que corre.

Pedro, con los pies y las manos heladas, entró en su casa y se tendió en la cama para dormir hasta la hora de comer. Cuando entró en el comedor, su madre decía á Juan:

—La galería estará preciosa. La llenaremos de flores, ya verás. Yo me encargaré de cuidarlas y renovarlas. Cuando des una fiesta tendrá un aspecto de palacio encantado.

—¿De qué hablan Uds.?—preguntó el doctor.

—De una habitación deliciosa que acabo de alquilar para tu hermano. Un hallazgo, un entresuelo que da á dos calles. Tiene dos salones, una galería de cristales y un comedor pequeño en forma de rotonda.

Pedro palideció y sintió que la ira le oprimía el corazón.

—¿Dónde está situada?—dijo.

—En el boulevard de Francisco I.

Ya no había duda, y se sentó tan irritado que estuvo á punto de gritar: “Esto es demasiado; todo para él.”

Su madre, radiante de alegría, seguía hablando:

—Y figúrate que me lo han dado por dos mil ochocientos francos. Querían tres mil, pero he obtenido esa rebaja prometiendo firmar un compromiso por tres, seis ó nueve años. Tu hermano estará allí perfectamente. Basta una casa elegante para hacer la fortuna de un abogado. Esto atrae á los clientes, los seduce, los conserva, les inspira respeto y les hace comprender que un hombre así alojado haga pagar caras sus palabras.

Calló algunos segundos, y añadió:

—Luego habrá que buscar otro cuarto para ti, más modesto, puesto

que tú no tienes nada, pero también bonito. Eso te servirá de mucho.

Pedro contestó desdeñosamente:

—Pienso llegar á tener algo por medio del trabajo y de la ciencia.

Su madre insistió:

—Sí, pero yo te aseguro que una buena casa te será muy útil.

A la mitad de la comida, Pedro preguntó de pronto:

—¿Cómo conocieron Uds. á ese Marechal?

Roland levantó la cabeza y rebuscó en su memoria.

—Espera, yo no me acuerdo... Hace tanto tiempo... ¡Ah! sí, ya caigo. Tu madre le conoció en la tienda; ¿no es verdad, Luisa? Vino á pedir no sé qué, y luego volvió con frecuencia. Le conocimos como cliente, antes de tratarle como amigo.

Pedro, que comía guisantes y los cogía uno por uno con un diente del tenedor, replicó:

—¿Y cuándo hicieron Uds. ese conocimiento?

Roland pensó de nuevo, pero no consiguió acordarse y tuvo que apelar á la memoria de su mujer.

—¿En qué año fué, Luisa? Tú que tienes tan buena memoria... no lo habrás olvidado... ¿Fué el cincuenta y cinco ó el cincuenta y seis? Recuerda... tu debes saberlo mejor que yo.

La madre meditó algún tiempo, y luego dijo con seguridad:

—Fué el año cincuenta y ocho. Pedro tenía entonces tres años. Estoy segura de no equivocarme, porque fué el año que el niño tuvo la escarlatina, y Marechal, á quien conocíamos aún muy poco, nos sirvió de mucho.

Roland exclamó:

—Es verdad, es verdad; se portó admirablemente. Como la madre no podía más de cansancio y yo estaba ocupado en la tienda, él iba á la botica á buscar los medicamentos. Era

un gran corazón. Y cuando estuvistes bueno, no te puedes figurar cómo se alegró y las fiestas que te hizo. Desde entonces nos hicimos íntimos amigos.

En el alma de Pedro penetró como una bala que todo lo destroza este pensamiento: "Pues si á mí me conoció antes, y se molestó por mí, y me quería y me besaba tanto, y yo fui la causa de su intimidación con mis padres, ¿por qué ha dejado toda su fortuna á mi hermano y á mí nada?,"

No hizo más preguntas y permaneció sombrío, absorto más que pensativo, con una nueva inquietud no bien precisada, pero que era ya el germen de una nueva pena.

Salió temprano y empezó á vagar por las calles, que estaban envueltas en la niebla pesada, opaca y nauseabunda de la noche, que casi eclipsaba las luces del gas. El piso estaba resbaladizo, y de las casas, de los sóta-

nos, de las cocinas, salía un olor desagradable.

Pedro, con las manos en los bolsillos, no queriendo andar por las calles con aquella frialdad que penetraba hasta los huesos, se fué á casa de Marowsko.

El farmacéutico dormía como siempre á la luz de su mechero de gas. Al sentir á Pedro, á quien quería con el cariño de un perro leal, sacudió su somnolencia, fué á buscar dos copas y sacó la groselleta.

—¿Qué hay?—preguntó Pedro —¿cómo va este licor?

El polaco explicó que cuatro de los principales cafés de la ciudad consentían en lanzarlo á la circulación, y que el *Faro de la costa* y el *Semáforo del Havre* publicarían reclamos á cambio de algunos productos farmacéuticos puestos á disposición de sus redactores.

Después de un largo silencio, Ma-



rowsko preguntó si Juan estaba ya en posesión de su fortuna, y luego hizo dos ó tres preguntas vagas sobre el mismo asunto. Su receloso cariño á Pedro se rebelaba contra esta preferencia, y el doctor creía oírle pensar, adivinaba, comprendía, leía en sus ojos distraídos, en el tono vacilante de su voz, las frases que acudían á sus labios y que no pronunciaba, ni pronunciaría, él tan prudente, tan tímido, tan cauteloso.

Ya no tenía duda de que el viejo pensaba: "Usted no ha debido dejarle aceptar esa herencia que será causa de que se hable mal de su madre,". Tal vez creía él mismo que Juan era hijo de Marechal. ¡Seguramente lo creía! ¿Cómo no lo había de creer si parecía verosímil, probable, evidente? Él mismo, que era su hijo, ¿no llevaba tres días luchando con todas las sutilezas de su corazón, para engañar su razón y desvanecer tan terrible sospecha?

Y de repente sintió la necesidad de estar solo para discutir consigo mismo, para examinar valerosamente, sin escrúpulos, sin debilidad, aquella posibilidad monstruosa. Y esta necesidad fué tan imperiosa que sin beber siquiera la copa de groselleta, dió la mano al farmacéutico estupefacto y salió á la calle preguntándose: "¿Por qué ha dejado Marechal toda su fortuna á Juan?,"

Lo que le sugería esta pregunta no era ya la envidia un poco baja y natural que había combatido durante tres días, sino el terror de una cosa espantosa, el terror de creer él mismo que su hermano era hijo de aquel hombre.

No, no lo creía, no podía admitir esta suposición criminal, pero era indispensable que aquella sospecha, por ligera, por inverosímil que fuese, quedara desvanecida completamente y para siempre. Necesitaba la luz, la